

LECTURAS PARA UN VERAN . . .

Crónica de
viernes

Estaturas

■ ROLANDO PÉREZ BETANCOURT

COMO TODO EN la vida, los espectadores de cine también tienen una estatura.

Muñequitos, comedias y filmes de acción se encuentran en el origen de todo crecimiento, lo que no quita para que tales géneros, bien concebidos, sigan gustando hasta el último parpadeo.

Hay espectadores que, luego de ese primer acercamiento, apenas crecen y más bien se paman entre las urdimbres del espectáculo banal: pueden ver trescientos filmes donde aparezcan las mismas escenas de ametrallamientos, o choques de carro y, sin embargo, nunca les faltará el eufórico ¡ñoooooo, qué bárbaro!

El espectador que en el choque veinticinco, o posiblemente antes, se dé cuenta de que le están repitiendo la misma cucharada filmica, e incluso, llegue a aburrirse, traspone los umbrales de una nueva estatura.

Allí podrá permanecer de por vida (“lo mío es una cierta complejidad de la trama, pero nada que me haga pensar demasiado”) o, por lo contrario, disparearse en pos de la próxima talla.

Una nueva dimensión del gusto y del placer estético que —contrario a lo que



algún que otro lector pueda estar pensando— no la determina el ver solo “la creme de la creme”, esos filmes de un alto valor intelectual signados por el riesgo artístico.

La máxima estatura en el cine la decide el poder dictaminar lo que se está viendo en cada momento y ajustarse, o no, a la propuesta que hace el director sin caer en sus trampas —a veces muy bien elaboradas— de fácil consumo, o, por lo contrario, de pretensión intelectual detrás de la cual no hay absolutamente nada.

Comparando y pensando, uno puede relajarse y hasta disfrutar cualquier filme, aunque sea para criticar (o reírse) de sus defectos, o reprocharle al director haber perdido una buena oportunidad argumental en aras de satisfacer una amplia taquilla internacional, conformada por espectadores que nunca terminaron de crecer, entre otras cosas porque el consumo manipulado y la publicidad se lo impidieron.

Lo que sería igual a decir que uno crece viendo películas, pero no dejando el cerebro junto a los zapatos que a ratos se quita para estar más cómodo.

Un poema de... Francisco de Quevedo



Los amantes, óleo de René Magritte.

Virtuoso del idioma, maestro de la lírica burlesca, el español Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645), autor de la gran novela picaresca **La vida del Buscón llamado Don Pablos** y de la serie de piezas teatrales **Los sueños**, cuenta en su producción poética con uno de los más hermosos sonetos de amor de nuestra lengua.

Amor constante más allá de la muerte

*Cerrar podrá mis ojos la postrera
Sombra que me llevare el blanco día,
Y podrá desatar esta alma mía
Hora a su afán ansioso lisonjera;*

*Mas no, desotra parte, en la ribera,
Dejará la memoria, en donde ardía:
Nadar sabe mi llama el agua fría,
Y perder el respeto a ley severa.*

*Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
Venas que humor a tanto fuego han dado,
Médulas que han gloriosamente ardido:*

*Su cuerpo dejará no su cuidado;
Serán ceniza, mas tendrá sentido;
Polvo serán, mas polvo enamorado.*

Curiosidad

El reto de pintar como ven los demás

■ LOURDES PÉREZ NAVARRO

LA SUERTE ESTABA frente a mí. Resaltaba el bello azul del duendecillo a horcajadas sobre un barbo de Sumatra, tan intensamente rojo, con cuadros negros y amarillos. Decididamente fueron los colores lo que más llamó mi atención; pero no la mayor sorpresa. Las tonalidades, tan contrastantes y llamativas, no las ve el pintor como el resto de los mortales.

Y es que Omar Gómez Ramos es daltónico. Padece un defecto genético que le provoca incapacidad para ver ciertos colores en la forma usual.

¿Cuándo empezaste a pintar?

“A los cuatro años, como era muy travieso, mi abuelo y mi mamá me ponían en la mesa una caja de crayolas y un papel de cartucho y hasta que no veía la hoja llena no paraba.

“Cuando estaba en sexto grado me presenté solo en la Casa de la Cultura de Calzada y 8, y le dije a la maestra de Pintura que quería recibir clases. Me dio una cartulina y dibujé una calzada europea con un puente que había visto en una revista y me dijo: ven mañana con tu mamá a matricular-te. Estuve un curso allí.”

¿Ya entonces conocías tu padecimiento?

“Eso fue cuando empecé en la escuela. La maestra de preescolar nos enseñaba unas tarjetas en colores y nos hacía repetir los nombres. Decía lo mismo que todos, pero al hacer los dibujos coloreaba el cielo violeta y los árboles ocre, entonces se dio cuenta de que los confundía. En mi familia hay antecedentes, mis tíos y primos maternos son daltónicos.

“Hay varios colores que no reconozco: rojo, verde, naranja, carmelita; confundo mucho el azul, el morado y el violeta, para mí todos esos son azules.”

¿Cómo haces para imponerte a ese padecimiento y pintar los colores como los ve el resto de los humanos?

“Me ayuda mucho Nely, mi esposa; ella me pone los pomos de pinturas por orden para que los reconozca, me auxilia con las mezclas, le digo lo que quiero y me va diciendo cómo van quedando. Antes tocaba las puertas de mis vecinos



Las pinturas de Omar, llenas de colorido e imaginación, serían magníficas para ilustrar cuentos infantiles. Foto: Raúl López

y les preguntaba qué color iba logrando. Cuando termino les muestro el cuadro, y si lo ven bonito, quedo satisfecho.

“Me han aconsejado que pinte en blanco y negro, pero no concibo hacerlo así. Un cuadro en blanco y negro es lindo, pero lo veo triste, a mí me gusta cargado de colores. He hablado con otros pintores y me han dicho que quizás sea un don que me dio la naturaleza para pintar con más fantasía.”

¿Has pintado utilizando los colores tal y como los ves?

“Lo he hecho. El negro sí lo reconozco; pero en una ocasión quise darle una tonalidad más clara y confundí el carmelita con el verde y me dijeron que eran ranas. Pinté un San Lázaro que también salió verde. Las pinturas abstractas las hago sin llamar a nadie y han gustado.”

¿Por qué en tus cuadros predominan los colores fuertes?

“Me gustan los colores vivos, brillosos. Doy rienda suelta a la imaginación, pinto duendes con zunzunes, tocororos, guacamayos, peces, flores, frutas; personas muy chiquiticas cargando un botón, en grúas... Hago caretas con mucho colorido, con temáticas aborígenes de diferentes países, y para eso estudio sus culturas.

“La mejor escuela que he tenido ha sido la práctica diaria y la constante observación. A menudo visito los museos, el Zoológico, me gustan los animales, la vegetación, los paisajes tropicales, la naturaleza en su conjunto. Admiro las pinturas de Leonardo Da Vinci y de todos los pintores del Renacimiento, las de Fabelo, Zaida del Río, García Peña, Sosa-bravo. Todos los días pinto, me siento raro cuando no lo hago.”

Una foto

Los Locos de la Vela



Foto: Yordanka Almaguer, enviada especial de Granma

En Venezuela, la fiesta de Los Locos se celebra de distintas maneras en diferentes regiones del país. Pero en el occidente, en el estado Falcón, específicamente en la Vela de Coro, es donde Los Locos han alcanzado su mayor esplendor. Los Locos se adueñan del pueblo cada 28 de diciembre. En la actualidad, los trajes tradicionales han cedido espacio a delirantes fantasías, como esta que parece extraída de un filme futurista.